

El tiempo de búsqueda

Belisario Betancur

“Entre las preocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron de entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio o voluntad...”

Fray Luis de León

Los *Colombianistas Norteamericanos*, amigos de Colombia y amigos míos, han querido que escriba mis impresiones de escritor. Lo primero que se me ocurre es la obvia pregunta: ¿Soy yo escritor? Desde luego, escribir forma parte de mis distintos quehaceres, ejercidos simultáneamente o separadamente y en diversas épocas de mi vida, como estudiante, periodista, abogado, político, economista, diplomático, editor, presidente de Colombia. No sé bien si el haber usado la herramienta de la escritura me convierte en escritor. Y que no me lo pregunten, porque espero, por lo menos, que algún desorientado diga: “¡Qué escritor, Belisario Betancur!”

Claro que en la duda sobre si soy yo o no escritor caben variaciones. Las actividades que cité antes dependían —o dependen, en mayor o menor grado— de la escritura. En cuanto a si soy o he sido escritor profesional, habría que establecer cuáles son las condiciones cualitativas que la clasificación requiere.

1. “The Paris Review”

Quizá lo más ambicioso que se ha hecho, en los últimos tiempos, en materia de ave-

riguar en qué consiste el oficio de escritor, es lo que realizaron los jóvenes norteamericanos de la *Paris Review*, en la Francia de los años cincuenta. Por eso la mejor manera de volver sobre el tema del escritor y su destino, del escritor y su lugar, del escritor y su misión, del escritor y su tarea, del escritor y su deber, sea la de evocar el trabajo de aquel grupo parisino, trabajo que, por cierto, no parece haber terminado, a juzgar por la continuidad con que siguen apareciendo sus resultados.

“*The Paris Review*” fue fundada por recién egresados de diversas universidades norteamericanas y radicados por entonces en Europa, donde escribían sus primeras novelas o libros de poemas. La creación de la revista obedeció al propósito de dar a conocer, en un órgano propio, la obra de los escritores estadounidenses de la nueva generación. La anterior, la que Gertrude Stein llamó “perdida” en un momento de irritación, exhibía ya gloriosas canas y, un año después de la fundación de la revista, sería consagrada por la Academia Sueca con el Premio Nobel, en la persona del más caracterizado de sus miembros: Ernest Hemingway.

La revista se distinguió, desde un principio, de las demás revistas literarias publicadas por escritores norteamericanos en Europa. Aunque se proponía, como las otras, ofrecer a sus lectores textos nuevos y ajenos a todo interés comercial, no juzgaba inconveniente utilizar ciertos recursos comerciales para crearse un público y asegurar su supervivencia. Así fue como concibieron la idea de una serie de re-

portajes con escritores consagrados, como un recurso publicitario para aumentar la circulación de la revista.

Esta necesitaba nombres famosos en su portada, pero no disponía de los fondos necesarios para pagar sus colaboraciones. George Plimpton, el director, tuvo de repente una idea feliz: "Conversemos con ellos", propuso, "y publiquemos lo que digan". Como Plimpton estudiaba entonces en el King's College de Cambridge, sugirió que el primer entrevistado fuera el novelista inglés E.M. Forster; el que, probablemente sin proponérselo, impartió a la serie de entrevistas que siguió a la suya, un alcance y una profundidad que superaban en gran medida lo que los editores de la revista habían imaginado originalmente. Hizo un examen tan minucioso del oficio del novelista, que su reportaje se convirtió en el modelo que habría de seguir toda la serie. Serie que con el nombre de *Writers at Work*, es decir, precisamente con el nombre del tema que nos ocupa, habría de llegar a ser, desde 1953 hasta hoy, el conjunto más variado y rico de respuestas a las cuestiones implícitas en la frase *El Oficio de Escritor*, aparentemente tan inocua.

2. La literatura como compromiso

Pero siete años antes de que Plimpton y sus amigos empezaran su aventura, es decir, recién terminada la segunda guerra mundial, pues era el año 1946, Jean Paul Sartre había sacudido el mundo intelectual internacional con sus artículos de *Les Temps Modernes* sobre la literatura como compromiso. En ellos contestaba a las preguntas: ¿Qué es la literatura? ¿Qué es escribir? ¿Por qué se escribe? ¿Para qué se escribe?; y cuál era la situación del escritor, por lo menos la del escritor francés, en 1947. Con esos artículos volvió a poner sobre el tapete de la discusión intelectual el viejo dilema de si el escritor (como excepción dentro de los demás artistas), tiene, además de sus compromisos personales con la estética, otros de índole social.

3. La tertulia del Café Automático

Afirmé al principio que de mí sólo puedo decir que no me considero escritor profesional en el sentido creativo de la palabra. No

como el que vive dedicado exclusivamente al oficio y en gran medida depende de él. Tal vez, como en otras actividades, la calificación de *profesional* debería traer implícita la condición de vivir del oficio. Lo he hecho, en varios trayectos de mi vida: cuando escribía, siendo estudiante, en Medellín, en un modesto diario vespertino llamado "La Defensa", en el cual hacía todos los oficios desde linotipista hasta jefe de armada, redactor de las notas de sociedad y autor de los editoriales como director. Y de ese oficio dependía. Recién llegado a Bogotá hace 40 años, mi trabajo como redactor en la revista *Semana*, entonces dirigida por Hernando Téllez, me permitió solucionar dignamente la *congrua subsistencia*. Vivía en La Candelaria, en casa del escritor Eddy Torres, y cuando no hablábamos del país y de sus problemas, terminábamos conversando de literatura: de Proust, de los poetas malditos, de los novelistas colombianos; o jugando ajedrez.

Más tarde, en compañía de Bernardo Ramírez (excelente escritor que solo escribe eventualmente), nos dedicamos a leer y traducir a los —para Colombia— más novedosos escritores de la época: Lukács, Bertolt Brecht, Teilhard de Chardin, Cavafis, entre otros. Hicimos un suplemento literario que era todo un *divertimento*. (Yo venía muy expedito por haber trabajado con Otto Morales Benítez, Ovidio Rincón y Miguel Arbeláez Sarmiento, en el suplemento *Generación de El Colombiano*, de Medellín). La gente aún no se explica cómo se publicaba el suplemento en *El Siglo*, ya que inclusive algunos marxistas colombianos nos ayudaban en la tarea.

Mi refugio preferido en Bogotá era *El Automático* donde se reunían todos los escritores que en Colombia han sido. Mi oficina quedaba, casi que por estrategia divina, exactamente encima del Café, centro de la intelectualidad de la época.

4. Evocación de Albert Camus

Al evocar a Hernando Téllez debo hacer un paréntesis, no sólo como homenaje a ese gran escritor que me guió por muchos meandros secretos, sino también para recordar mi relación, siempre de entendimiento fácil, con él y con los demás escritores. Téllez, Torres y

yo dábamos largas caminatas, hablando recurrentemente de libros y, en particular, de la literatura europea, en la que se movía como en casa propia. Era un conversador tan ameno, que las muchas cuadras que había entre *Semana* y su casa en Chapinero, no se sentían.

Télez me presentó —literariamente, se entiende— a Albert Camus: me dio en préstamo un ejemplar de *El extranjero*, que aún debe andar extraviado en mi biblioteca. Más tarde, antes de uno de mis primeros viajes a París, le confesé que mi gran sueño era conocer a Camus, en persona. “Te voy a decir cómo lo puedes realizar”, me dijo. “¿Tú lo conoces?”, lo interrumpí. “Nunca he hablado con él, pero sí lo conozco lo suficiente como para decirte la manera de encontrarte con él: coges el directorio telefónico de París, que es el doble de gordo del de Bogotá”. En ese momento mi entusiasmo empezó a desfallecer, porque sentí que se trataba de una de esas bromas inteligentísimas, y a veces crueles, que se inventaba el Maestro Télez. “Abres en la C y, cuidadosamente, recordando el alfabeto que es prácticamente igual al español, buscas Camus, Albert. Marcas el número que allí aparece y, cuando oigas su voz al otro extremo del hilo, le dices: “Maestro Camus: yo soy Belisario Betancur, un periodista que viene de Colombia; soy su lector y admirador y me gustaría conocerlo”. Ocho días más tarde, siguiendo esas inverosímiles instrucciones, yo estaba sentado en el Café de Flore, uno de los templos paganos del existencialismo, tomándome un tinto con el inalcanzable Maestro Camus, quien me hacía preguntas sobre Colombia en un español suficiente (su madre era española), y con interés oía mis respuestas, de turista feliz, encantado de estar en Francia, de disfrutar de conocer personalmente a su ídolo y de no haber tenido que esgrimir su balbuciente francés.

5. El diccionario

Volviendo a mi inclinación por escritores, artistas, poetas, en fin, a mi proclividad por los creadores, en muchas ocasiones he contado mi relación estrecha con el Maestro León de Greiff de quien, además de amigo, fui editor. De cómo me pidió que lo acompañara, cuando

el presidente López Michelsen lo quiso condecorar. Con García Márquez, al contrario de lo que la gente piensa, me une una amistad de escritor, no de político. Al menos es así como él me trata. Las veces que he ido a visitarlo, en su casa de Jardines del Pedregal, en México, me ha organizado reuniones con amigos comunes, escritores y poetas: Mutis, Cardoza y Aragón, Monterroso, García Terrés, Chumacero. Todavía recuerdo con emoción la llegada del gran novelista Juan Rulfo, llevando tímidamente bajo el brazo sus dos obras maestras, en edición de lujo, dedicadas a este aspirante a colega.

Soy amigo también de Mario Vargas Llosa, con quien, si no llego a ser colega como escritor, de pronto nos une el colegaje presidencial; de Hernando Valencia Goelkel, uno de nuestros mejores críticos, cofundador de *Mito*; del novelista antioqueño Manuel Mejía Vallejo; de Pedro Gómez Valderrama y Jorge Eliécer Ruiz, también escritores míticos. Y considero que Alfonso López Michelsen es mejor escritor que político: algunos llegan a decir que es un literato perdido en la política. Habría que precisar, rescatado de la política. No hago esta incompleta lista por el prurito de *dejar caer nombres*, como se dice en inglés, sino simplemente para subrayar unas afinidades.

Aprovecho para confesar, impudicamente, que he sido poeta no tan clandestino, y que de ese amor por la poesía me ha quedado una manía ¿vicio? incorregible: casi todos mis escritos tienen como epígrafe algunos versos, o éstos están incorporados en el cuerpo del texto. Y, la mayoría de las veces, ambas cosas.

Al final yo mismo no supe si soy escritor o no. Acabé presumiendo —de verdad, me siento orgulloso— de ser amigo de los intelectuales. Pero, tardíamente, decido recurrir al diccionario, la herramienta básica de todo escritor. El de la Real Academia, en su parte pertinente, dice:

“Escritor,ra: (Del latín *Scriptor -Oris*). Persona que escribe. Autor de obras escritas o impresas”.

Entonces sí, apoyándome cómodamente en la Real Academia, puedo afirmar, sin rubores, que soy escritor.

Cartagena de Indias, Enero, 1989.